

vivo de la posibilidad de armonizar estas dos cosas, la democracia y la libertad, en términos de que en el porvenir será un tanto difícil á los historiadores señalar dónde acaba el reinado de la libertad y dónde comienza el de la democracia en la Gran Bretaña; ¿por qué no hemos de procurar y esperar que en el Continente suceda lo propio, que cese y se resuelva esa antítesis, siguiendo al reinado de la libertad el de la democracia sin solución de continuidad?

Lo que pasa es, que por desgracia los políticos conservadores del Continente no tienen el sentido, ni la amplitud de miras, ni la perspicacia de los conservadores de Inglaterra; y por eso, en lugar de admitir, como hace May, que la democracia es un poder creciente cuyos derechos es preciso reconocer, cuyo influjo no se puede ni se debe evitar, y en vez de abrirle camino, enseñándole, educándole y aconsejándole, fin que seguramente es el que ha movido á May á escribir su libro, lo que hacen es precisamente lo que nuestro autor condena en la introducción de su obra, cuando dice «que si los que mandan desconocen el desenvolvimiento de ese poder desconfían de él y lo exasperan, entonces provocan el descontento popular, el desorden y la revolución; mientras que si se le admite y acepta de buen grado, es una fuente de fuerza y de unión nacional; apreciar debidamente el progreso de la sociedad y discernir lo que tiene de legítima su pretensión de influir en la política, ha llegado á ser una de las más